

Una cafetería de Santa Bárbara

El reloj de la pared de Shakes marcaba las once y media de la noche y el local estaba completamente desierto. Habría sido maravilloso poder irme temprano a la cama, por una vez en semanas, pero el turno doble que llevaba haciendo para reunir el dinero con el que reparar la casa heredada de mis abuelos me obligaba a quedarme en la hamburguesería hasta la una de la madrugada. Sin mucho más que hacer, empecé a recoger. Al menos, podría adelantar trabajo y no marcharme demasiado tarde. Aun así, cuando llevas doce horas sirviendo sándwiches y cafés, hasta eso se convertía en un esfuerzo.

Un solo mes más de turnos dobles, Emma, y podrás pagar las nuevas tuberías de la casa, me repetí. Aquel pensamiento se había convertido en el mantra que me ayudaba a mantenerme en pie.

Estaba terminando de limpiar la barra y contando los segundos para irme cuando la puerta sonó, anunciando la entrada de un cliente. Para variar, quince minutos antes del cierre. Seguí pasando el paño por el acero inoxidable, concentrada en mi tarea.

—Estamos a punto de cerrar.

—Solo quiero un café.

La voz grave me resultó extrañamente familiar.

Alcé la vista. Bajo una gorra oscura y una chaqueta de béisbol desgastada había un rostro conocido. Antes de acercarse, echó un vistazo rápido a través del cristal de la puerta, comprobando que la calle seguía vacía. Finalmente, se acercó al mostrador. Tardé apenas un instante en reconocer los tres lunares en forma de constelación sobre su cuello y aquellos rasgos que había visto infinidad de veces.

Era Julian Thomas. El protagonista de una película de vampiros. El hombre cuya imagen llevaba meses apareciendo en todas partes: en los periódicos, en los carteles, en las entrevistas que veía de pasada mientras cenaba en la cocina. La nueva obsesión de Hollywood. Y, sin embargo, allí estaba. Delante de mí. Sentado en una hamburguesería casi vacía a punto de cerrar, pidiéndome un café con absoluta naturalidad.

Tragué saliva, intentando recordar cómo se suponía que debía comportarse alguien cuando un actor de fama internacional entraba en su lugar de trabajo de madrugada.

—Tendrá que ser de la cafetera de goteo. Lleva preparado desde las once; todavía conserva suficiente cafeína para mantenerte despierto toda la noche, si eso es lo que buscas.

Mientras llenaba la taza, me fijé mejor en él. Sus famosos ojos grises estaban ensombrecidos por unas ojeras que no había visto nunca en las revistas. En realidad, parecía mucho más agotado

que yo, y eso ya era decir. Le serví un americano. Cuando fui a marcarlo en la caja, terminé por no hacerlo. Era mi pequeña contribución para hacerle la noche un poco más llevadera.

Le tendí el vaso. Él volvió a recorrer el ventanal con la vista antes de aceptarlo.

Debe de estar esperando a alguna novia secreta, pensé. Resultaba bastante más lógico que imaginar que una estrella del cine había decidido malgastar su tiempo en un establecimiento de barrio.

—¿Perdido por Santa Bárbara?

—No exactamente.

Su voz estaba cargada de cautela.

—Solo lo decía porque es raro ver a alguien tomando café a estas horas. O eres adicto a la cafeína o te has perdido.

La comisura de sus labios se curvó en una sonrisa. La misma por la que medio mundo suspiraba.

—Estoy demasiado cansado. Aunque te agradezco el café, nunca he entendido por qué los dueños de estos sitios se empeñan en mantenerlos abiertos hasta tan tarde. ¿No estás tú también harta?

—«Exhausta» sería la palabra correcta. Y sí, salgo exactamente en un minuto. Aunque en eso te doy la razón.

Sostuvo el vaso entre las manos, pensativo, antes de hablar.

—¿Siempre trabajas a estas horas?

—Solo cuando las facturas aprietan.

—Eso no parece muy justo.

—Bueno... la justicia no paga la fontanería.

—¿Quieres que te acompañe a casa? Es demasiado tarde para que una mujer camine sola.

Parpadeé, sorprendida por la propuesta.

—No vivo muy lejos. Además, llevo treinta y cinco años defendiéndome en esta ciudad. Sé perfectamente por dónde tengo que ir.

—Está bien. Te dejaré cerrar. Gracias por el café, Emma.

Solo entonces me di cuenta de que había leído mi nombre en la placa que llevaba sujeta al polo del uniforme.

—Vuelve cuando quieras tomar un café doble a la una de la mañana.

Se despidió con un gesto de cabeza y salió del local con una elegancia que solo había visto en las alfombras rojas de Hollywood.

Deseando volver cuanto antes a casa, me quité el uniforme, me puse una sudadera y apagué las luces. Necesitaba respirar aire fresco, aunque solo fuera durante los escasos cinco minutos que duraba el trayecto.

Cerré los ojos mientras el viento suave de Santa Bárbara llenaba mis pulmones, tratando de borrar el olor a hamburguesa que había respirado durante casi trece horas. Era una noche silenciosa, apenas rota por el sonido de las banderas de Estados Unidos que ondeaban en los balcones. Muerta de ganas de llegar a la cama y descansar, aceleré el paso sin detenerme a contemplar el paisaje.

Estaba a escasos metros del portal, con las llaves ya en la mano, cuando el motor de un coche rompió la quietud del barrio. Un todoterreno negro, con los cristales tintados, se detuvo lentamente junto a la acera, a mi misma altura. La ventanilla bajó sin hacer ruido.

La voz de Julian Thomas sonó desde el interior del automóvil. Suave, pero firme. Lo miré sin acabar de creer que hubiera esperado todo ese tiempo para asegurarse de que llegaba bien a casa.

—Te dije que era demasiado tarde para que camines sola.

—Pensé que ya estarías de regreso a tu mansión en Beverly Hills.

Julian detuvo el coche, bajó y cerró la puerta con un golpe seco. Acto seguido se acercó a mí con las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—No podía irme tranquilo. Mi conciencia no me habría dejado dormir sabiendo que ibas a regresar sin compañía a estas horas.

Antes de que pudiera responder, levantó la vista hacia el edificio y recorrió con calma las grietas de la fachada, deteniéndose en cada desperfecto con una atención casi profesional.

—Creo que el mayor peligro no es que camines sola. El peor de todos es que no arregles esto.

Solté un suspiro cansado.

—Lo sé perfectamente. Pero las tuberías van primero y, sinceramente, no tengo dinero para todo. Por eso doblo los turnos en Shakes.

Contuvo el aliento durante unos segundos. Una chispa de nostalgia cruzó sus ojos.

—¿Sabes una cosa? Antes de Hollywood me pagué los estudios de arte dramático trabajando como albañil. Quizá podría arreglarlo.

Sus palabras me dejaron inmóvil. Volví a mirarlo de arriba abajo, buscando cualquier gesto que delatara que estaba bromeando.

—¿Estás loco? ¿Te estás escuchando? ¿Sabes lo que costaría solo arreglar la fachada?

—No estoy loco. Y sí, sé lo que cuesta arreglarla.

Bajó la mirada al suelo, buscando las palabras adecuadas. Cuando volvió a hablar, ya no quedaba rastro de la duda inicial.

—Me he cogido un mes de vacaciones que empieza mañana. Llevo demasiado tiempo despertándome en hoteles distintos, entrando por puertas traseras y mirando por encima del hombro cada vez que salgo a la calle. Quiero algo sencillo. Algo normal.

Sacudió ligeramente la cabeza. Parecía sorprendido incluso de sus propias palabras.

—Yo reparo tu casa. Gratis. Y, a cambio..., me dejas quedarme aquí. Un sofá, una habitación de invitados, lo que sea. Un sitio donde no me encuentre nadie.

Lo estudié en silencio. No pude evitar echarme a reír.

—Estás rozando la demencia. Eres un actor nominado a premios, no puedes venir a mi casa a mezclar cemento como si nada. Es absurdo. No te conozco. Y si la prensa te viera aquí...

Me pasé la mano por el pelo.

—No. De ninguna manera. Olvídalo.

El silencio que quedó entre nosotros solo fue roto por el murmullo lejano de algún coche atravesando la avenida. Dio un paso más. Había algo en su rostro que no había visto en las revistas: vulnerabilidad.

—Nadie me buscará en este barrio, Emma. Estaré de incógnito. Piénsalo. Tú consigues tu casa arreglada sin arruinarte ni destrozarte la salud, y yo consigo treinta días de paz y normalidad. Ambos ganamos.

Me crucé de brazos, dispuesta a mantener mi negativa, pero entonces reparé en los daños de la fachada, en las quemaduras de mis manos y en todo el cansancio acumulado. Comprendí que ya no tenía delante al dandi de las revistas, sino a un hombre desesperado por un respiro. Al igual que yo.

Solté el aire despacio, casi dándome por vencida ante la absoluta locura de la situación, aunque antes quise saber algo que me rondaba la cabeza.

—¿Por qué yo, Julian? ¿Por qué esta casa? Podrías irte a una isla privada, lejos de todos los focos, sin tener que ensuciarte las manos durante un mes entero.

Su expresión cambió ligeramente antes de contestar.

—Porque necesito una dosis de realidad, Emma. Saber otra vez lo que es trabajar con las manos, sin que me lo den todo hecho. Cenar con tranquilidad. Volver a vivir de una forma... real.

Hizo una pausa.

—Y, en cuanto a ti, eres la primera persona en mucho tiempo que no me pide nada.

Necesité unos segundos para asimilar su sinceridad. Él no trató de presionarme ni añadió nada más. Simplemente esperó.

—Si dañas alguno de los recuerdos que conservo de mis abuelos, Julian Thomas, te perseguiré por todo el maldito suelo de California. Y solo una cosa más... Si esto sale mal o aparece un solo fotógrafo, te vas. Aquí ya no eres una estrella. Eres uno más.

Guardó silencio un momento. Poco a poco, el alivio dio paso a una suave sonrisa.

—Trato hecho, Emma. Mañana a primera hora traeré las herramientas.

Asentí despacio.

—Buenas noches, Julian.

—Buenas noches, Emma.

Cerré la puerta, dejando caer el bolso sobre el suelo del recibidor y apoyé la espalda contra la pared. Acababa de aceptar darle refugio al hombre más famoso del país. Y tenía la inquietante sensación de que con ello le abría también la puerta al mayor desastre de mi vida.